

La emigración a Nueva York en el cuento puertorriqueño

El boricua sigue el éxodo. Sin Moisés que lo guíe. Y cae, pero levanta. Entona canciones, esgrime blasfemias contra la mala suerte, o se esconde tras una oración. Y lucha contra el monstruo, y nunca vence, pero no muere.

José Luis Vivas Maldonado

La emigración de cientos de miles de boricuas a la ciudad de Nueva York es uno de los fenómenos sociales más extraordinarios, interesantes y atractivos de nuestro tiempo. No hay aspecto de la vida del pueblo isleño en el siglo actual que no esté marcado por las amarguras y desdichas de este éxodo masivo. En el momento hay por lo menos un millón de boricuas en la gran ciudad.¹ Lo que significa que más de una tercera parte de la población borinqueña reside fuera del territorio insular, y sufre las amargas experiencias del transterrado.

Aunque ya hay emigrantes en el siglo XIX,² la emigración no toma todo su volumen hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Finalizado este conflicto bélico, da comienzo uno de los más grandes éxodos de población que registra la historia contemporánea, ya que de 1945 al presente más de medio millón de boricuas emigra a «la tierra de promisión».

Hay un variado número de factores que causan la emigración boricua: el considerable aumento poblacional de la pequeña isla a partir de 1898, el factor económico, la decadente agricultura, la ciudadanía americana que facilita la entrada al continente, el avance del transporte aéreo y las líneas comerciales, las facilidades de viaje, «el boleto al alcance de todos», la propaganda gubernamental y familiar. A todo esto hay que agregar las causas secundarias: ambición, aventura, búsqueda de felicidad y problemas familiares. Es, pues, precisamente después de la Segunda Guerra Mundial que están presentes todos estos elementos necesarios para la emigración masiva.

Aunque el boricua emigra a distintos sitios del continente, ningún lugar tiene la atracción que posee la ciudad de Nueva York. Al arribar el puertorriqueño tiene que afrontar lo que nunca había imaginado en su amada isla: el prejuicio racial, el clima severo,

¹ Manuel Maldonado Denis, *En las entrañas: un análisis sociohistórico de la emigración puertorriqueña (La Habana: Casa de las Américas, 1976), pp. 89-90.*

² *Las primeras emigraciones de puertorriqueños a Nueva York comenzaron antes de la guerra de 1898. Eran en su gran mayoría exiliados políticos, quienes conspiraban desde la gran urbe para librar la Isla del colonialismo español. Entre éstos se encontraban los conocidos patricios Eugenio María de Hostos, Ramón E. Betances, Segundo Ruiz Belvis, Lola Rodríguez de Tío, Pachín Marín y Sotero Figueroa.*

el desconocimiento del inglés, la explotación humana, las paupérrimas condiciones de vivienda. El boricua, así, para compensar sus frustraciones neoyorquinas busca distintas formas de escape de su deplorable situación: la búsqueda de nuevos empleos, la religiosidad, la agresividad en los quehaceres diarios, el consumo de artefactos costosos, los repetidos y breves viajes a Puerto Rico, el mundo de las drogas. Las pandillas, el sexo (la prostitución, el homosexualismo).

Muchas son las consecuencias adversas de la emigración puertorriqueña: la desintegración familiar, las enfermedades mentales, la pérdida de la identidad, «el spanglish», el neorriqueño, los desamparados que quedan en la isla, los problemas de ajuste de los retornados. Pero también el puertorriqueño puede contar con un importante saldo favorable, como anotamos más adelante.³

Los escritores puertorriqueños, atentos a la interesante situación que presentan sus compatriotas en la gran urbe, abordan el tema de los géneros del cuento, la novela, el teatro, la poesía y el ensayo. En la poesía⁴ basta mencionar el conocido poema «Nostalgia» (1916), de Virgilio Dávila, donde se presenta, mediante la enumeración de aquellos renglones de las experiencias en la isla que laten en el recuerdo, al emigrante puertorriqueño que añora su vida y sus costumbres isleñas.

En la novela, desde *El negocio* (1922) de Manuel Zeno Gandía se ha venido presentando a los puertorriqueños en su nuevo ambiente. En 1940 José I. de Diego Padró publica *En babia*, una novela reflexivo-sicológica donde el autor no se interesa por los problemas de sus compatriotas, pero uno de los protagonistas es puertorriqueño, se nos presenta toda la ciudad y se puede observar el comienzo de la formación de la colonia puertorriqueña en la urbe. En 1950 José Luis González publica una de las mejores obras sobre la emigración: *Paisa*, una novela corta que trata de las limitadas oportunidades en la existencia del humilde «recién llegado». Guillermo Cotto Thorner publica en 1951 *Trópico en Manhattan*, novela de estilo costumbrista que presenta al puertorriqueño viviendo su vida insular en la urbe neoyorquina. Esta obra es uno de los cuadros costumbristas más genuinos y completos con que se cuenta del puertorriqueño en Nueva York. Enrique A. Laguerre, quien profundiza en el drama sicológico del boricua en Nueva York, inserta el tema en varias de sus creaciones novelescas: *Solar Montoya* (1941), *La ceiba en el tiesto* (1956), *El laberinto* (1959) y *El fuego y su aire* (1970). *Ardiente suelo, fría estación* (1961), de Pedro Juan Soto, aborda el tema, pero enfoca el problema desde otra perspectiva: el neorriqueño que regresa a Puerto Rico para descubrir que no es ni puertorriqueño en su país, ni americano en Nueva York. En 1978 Emilio Díaz Valcárcel publica la última novela hasta la fecha que trata el tema: *Harlem todos los días*, donde

³ Hay un sinnúmero de estudios sobre la emigración puertorriqueña, entre ellos sobresalen los siguientes: Dan Wakefield, *Island in the City: The World of Spanish Harlem* (Boston: Houghton Mifflin, 1959); C. Wright Mills, Clarence Senior y Rose Kohn Goldsen, *The Puerto Rican Journey: New York's Newest Migrants* (New York: Harper and Brothers Publishers, 1950); Joseph P. Fitzpatrick, *Puerto Rican Americans: The Meaning of Migration to the Mainland* (New Jersey: Prentice Hall, Inc., 1971); Luis Nieves Falcón, *El emigrante puertorriqueño* (Río Piedras, P.R.: Editorial Edil, 1975); y Maldonado Denis, *En las entrañas*.

⁴ Entre los poetas isleños que abordan el tema se encuentran los siguientes: Pedro Bernaola, Julia de Burgos, Pedro Carrasquillo, Jaime Carrero, Virgilio Dávila, José I. de Diego Padró, Gaspar Gerena Bras, Pedro Juan Labarthe, Clara Lair, Jacobo Morales, Eglá Morales Blouin, Luis Muñoz Marín y Diana Ramírez de Arellano.

el autor haciendo alarde de las técnicas modernas combina los temas de protesta social y angustia existencial humana.⁵

La vida neoyorquina del emigrante puertorriqueño se ha traído a escena varias veces desde *Esta noche juega el jôker* (1939), de Fernando Sierra Berdecía, en el que se plantea someramente el problema de los puertorriqueños e hispanoamericanos, particularmente en el aspecto moral. En 1952 René Marqués escribe una de las obras cumbres del teatro puertorriqueño, *La carreta*, donde se describe con gran fuerza dramática la trayectoria del emigrante boricua desde el campo a los arrabales sanjuaneros y luego a Nueva York, y finalmente el regreso, en la carreta, de las esencias vitales de cuyo origen no debió alejarse. En 1955 Pedro Juan Soto es laureado por su obra *El huésped*, que atiende al problema de la desintegración familiar debido al ambiente neoyorquino. En 1958 se presenta en el Primer Festival de Teatro del Instituto de Cultura Puertorriqueña *Encrucijada*, de Manuel Méndez Ballester, donde al problema del borinqueño emigrado se incorpora eficazmente al tema del nacionalismo. En 1967 sube a escena *Las ventanas* de Roberto Rodríguez Suárez, que expone las vidas de dos humildes familias puertorriqueñas, vecinas entre sí, cuyas vidas neoyorquinas están saturadas de dificultades que brotan de su choque con el ambiente en dicha ciudad.⁶

Pero de todos los géneros es el cuento donde el tema aparece con mayor vehemencia y persistencia, y donde se han logrado varias de las más valiosas creaciones. Este ha sido el medio más común por el que los escritores isleños, durante las últimas cuatro décadas, han descrito las vicisitudes de sus compatriotas que han dejado su isla para internarse en la jungla neoyorquina de hierro y cemento. Los cuentistas isleños más sobresalientes han dedicado sus mejores esfuerzos al tratamiento del fecundo tema de la emigración puertorriqueña a Nueva York.

El cuento puertorriqueño, que es uno de los géneros literarios más cultivados de las letras insulares, tiene sus inicios en el siglo XIX con la aparición del *Aguinaldo puertorriqueño* (1843), donde se presentan narraciones románticas al estilo europeo. Aunque los comienzos de este género datan del siglo pasado, y en él la producción cuentística es fecundísima, no es hasta el siglo XX que dicho género cobra presencia madura. Pero no es verdaderamente hasta la década del treinta que este género comienza a cultivarse con personalidad nacional, ya que los escritores de este período subrayan con marcado empeño lo vernáculo y tradicional, y el contraste entre lo rural y lo urbano. De tal forma el género llega a una superación literaria en todos los aspectos en la década del cuarenta. En este período se incorporan temas de amplitud internacional; se introduce el buceo psicológico de los personajes; se presenta un estilo literario cargado de sobriedad, economía verbal y fuerte poder sugeridor. Los cuentistas de este período actual poseen una mayor complejidad literaria y riqueza de temas que las generaciones que le precedieron. La emigración boricua a Nueva York y lo que esto conlleva, el negro, el nacionalismo, la angustia metafísica, la guerra perturbadora de la paz familiar y colectiva, la industrialización y sus problemas urbanos, son temas reiterados de este momento. De

⁵ Otros escritores que han novelado la diáspora boricua son: Pedro Juvenal Rosa, Max Ríos y Ríos, Jaime Carrero y Rafael Moyano.

⁶ También Pedro Juan Labarthe, Francisco Arriví, Isabel Cuchí Coll y Jaime Carrero han subido a escena la odisea del puertorriqueño en Nueva York.